

temas de
in-fan-cia

educar de 0 a 6 años

ROSA SENSAT

Sergio Diez Pérez

Ilustraciones de
Claudia Ruiz Echevarría

A ras de suelo

Octaedro 

A ras de suelo

Sergio Diez Pérez
Ilustraciones: Claudia Ruiz Echevarría

A ras de suelo

OCTAEDRO-ROSA SENSAT

TEMAS DE INFANCIA, núm. 48
Título: *A ras de suelo*
Autor: Sergio Diez Pérez
Ilustraciones: Claudia Ruiz Echevarría

Primera edición: julio de 2025

© del texto: Sergio Diez Pérez
© de las ilustraciones: Claudia Ruiz Echevarría

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.
Bailén, 5 - 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
www.octaedro.com
octaedro@octaedro.com

Associació de Mestres Rosa Sensat
Avda. Drassanes, 3 - 08001 Barcelona
Tel.: 93 481 73 81
www.rosasensat.org
publicacions@rosasensat.org

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño y producción: Ediciones Octaedro

ISBN: 978-84-1079-102-2
Depósito legal: B 13779-2025

Impresión: Masquelibros

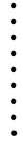
Impreso en España - *Printed in Spain*

*A toda mi familia y en especial a
Kris y Annick por su incondicional soporte.*

Sumario

Prólogo del texto	11
Prólogo de las ilustraciones	17
Introducción. <i>La educación infantil hoy</i>	19
A ras de suelo	23
«Buenos días»	26
«Escúchame alto»	27
«Sin gafas de sol»	28
«Vete a tu sitio»	30
«Mira»	33
«Mira. Están sucias»	34
«Se ha salido»	36
«No quiero»	38
«Es mío»	40
«Me quito los zapatos»	44
«Me hago pis»	46
«Tengo hambre»	50
«Quiero ir a mi casa. Quiero a mi mamá»	52
«Queremos estar solos»	54
«Con mi papá juego a ver cosas con los ojos cerrados»	56
«Mañana vendré a un cole nuevo. Voy a hacer 4 años»	58
«Te vas a morir»	60
«No quiero hablos»	63
«Me voy a curar jugando»	64
«Hasta mañana»	66

Mirarse	68
El otro aire	71
«Vamos a trabajar las emociones»	73
«No llores, no pasa nada»	76
«Pídele perdón»	78
«Muy bien»	80
«Qué interesante». Tras el disfraz de las buenas intenciones	82
La vida cotidiana	84
«Vamos a clase». Habitar el espacio	86
«Huele a madera» Inspiraciones	88
El espacio, el lugar y el ambiente	90
«Trabajamos las rutinas»	92
«Lo que toca»	94
«De vuelta a la rutina»	96
«El niño es el protagonista de su propio aprendizaje»	99
«A la fila»	101
«Mi clase». «Mis niños»	102
«Venga niños, a trabajar»	104
«Para que adquieran autonomía»	106
«Tienen que acostumbrarse para el día de mañana»	109
«Venga. Vamos». La urgencia y la importancia	110
«Tenemos que programar». La digitalización sin límites	112
Actividades y propuestas	115
«Deben aprender a aguantarse»	117
Evaluar en la educación infantil	119
Responsabilidad y compromiso	124
El punto y seguido	125



Prólogo del texto

Hay una delgada línea entre el adulto que mira un niño y el niño que ese adulto fue. Ese niño emana del recuerdo y se proyecta con la profundidad de toda la experiencia acumulada por el adulto. Quizá tú que leas este libro descubras que a veces eres ese adulto que afina su mirada a la infancia y quizá también te sorprendas encarnando de nuevo el papel del niño o la niña que fuiste.

Probablemente, en nuestra autobiografía hayamos decidido enterrar en la memoria recuerdos de injusticias que nos dañaron, que nos hicieron sentir impotentes, ignorados, pequeños, incapaces..., criaturas al margen de la cultura de los adultos que vivían en un mundo complicado y desconocido, nos hicieron creer. Pero también en algún lugar de la memoria hay guardados recuerdos de cuidados, de atención, de respeto sincero, de complicidad, de trasgresión, de saltarse las barreras, de superar hitos, de construir juntos, de sentirse valorado y amado por otro, de expresarse sin tapujos y de pensar a lo ancho. Pero el autor no cae en un nostálgico romanticismo, ni plantea su defensa de la cultura infantil como una revancha del niño que fue contra los fantasmas de los adultos que lo atormentaron entonces, ni se habla del respeto, la delicadeza o la consideración como una idealización de los adultos que le sirvieron de buen modelo para sacar hoy lo mejor de quien él es. Lo que sí hace es hablar de rigor, de formación, de conocimiento y compromiso con un oficio artesano en el que dar lo mejor de uno mismo.

Este libro no es un sermón, pero se moja. Está claro que no todo vale, o que no vale lo mismo. Hay cosas que se pueden hacer mejor y que dicha mejora vendrá de replantearse

los paradigmas educativos. La mejoría no surgirá meramente partiendo de la innovación por la innovación; aquí se aboga por el cambio de algunas miradas, pero también por conservar, por cuidar, por poner en valor la sencillez y la calma que la sociedad ha ido perdiendo, abrumada por el consumismo y las prisas en diversos órdenes de la vida.

A lo que iba, estaba yo leyendo el libro y salió el niño que habita dentro de mí. Me recordó que la infancia es capaz de sufrir las consecuencias de las decisiones que toman los adultos y, aun así, puede alcanzar «el lugar que permite ir más allá de lo visible», como narra un pasaje de este libro. Es decir, el niño que se apodera de mí es un pequeño ser enormemente libre y, por ende, infinitamente más capaz que el adulto a la hora de pensar con claridad la relación de los adultos con la cultura infantil. Desde la torre de control da pistas, como un controlador aéreo: él dice «permiso para despegar» o «aquí torre de control, ¡tome tierra!» (como un «vuelva a poner los pies en el suelo»).

Y así, a ras de suelo, me volví a encontrar con el niño que fui, soy, seré... En aquella época de los años 80, había por casa una cinta de casete en la que Franco Battiato cantaba «hay quien se pone unas gafas de sol para darse más carisma y sintomático misterio». ¿Sabes que eso es lo que el niño ha querido que suene en mi cabeza mientras leía el capítulo «Sin gafas de sol»? El niño es hábil para envolver mi pensamiento con una atmósfera determinada y precisa. Juega mucho con los olores y las canciones. Las sensaciones que atrapamos por los sentidos impregnan la memoria calándola en lo más hondo. A ti también te pasa, ¿verdad? Creo que es algo universalmente reconocido.¹

Siguiendo de memoria los versos de Battiato, me vino aquello de *No time, no space*. Qué interesante resulta reubicarse perdiendo las referencias cronológicas y espaciales, tan abstractas y relativas. El niño interior nos permite

1. Probablemente habrá ya más de una explicación de la neurociencia para esto. Pero sinceramente, no nos hace ni falta.

entender mejor a esa niña que nos exhorta «Vete a tu sitio». Me lo dice el niño interior. «Tu sitio» es y no está: ¿Existe? Sí ¿Dónde? No se sabe. El niño interior no dice «busca allí», dice «busca antes». Y para llegar tienes que volver. Parece una locura. Pero no es así: simplemente *No time, no space*. Cuando descubres que has llegado a la complicidad de satisfacer lo que la niña te pedía, alcanzas ese punto en medio de la inmensidad del Universo donde lo humano está de ida y vuelta, porque ha viajado a través del tiempo como uno de esos «nómadas que buscan los ángulos de la tranquilidad» que también diría Battiato.

Este libro nos habla de pensar sobre «ese deseo de regresar a un pasado que siempre se dice que fue mejor», del «tiempo evocado de forma perversamente interesada, como si fuera una parcela concluida y desgarrada de la biografía en formato de píldoras hipócritamente idealizadas», de que no perdamos el norte emprendiendo ese viaje, vaya. Pero a mi parecer, ir, hay que ir. Aunque no pueda realizar el viaje de retorno a la infancia, por suerte, piso una escuela a diario y llevo la maleta conmigo con la de idea de un aula donde lo espontáneo vence la censura, donde aprendí que convivir es vivir con el otro, no por encima de él ni contra él.

Tenemos que saber que lo que pueden parecer anotaciones en un anecdotario o en un diario de aula de un maestro son también las marcas indelebles en la biografía de una persona (niño o adulto). A veces las tomamos como una especie de chiste, porque pueden ser graciosas y hacer tambalearse nuestros principios y nuestra moral, que es una de las funciones más nobles del humor. Pero son de gravedad, en el doble sentido de que son de importancia extrema, grave, y en el sentido de que tienen una fuerza de atracción para la personalidad de un ser que está construyendo su identidad.

La profundidad del análisis de las pequeñas cosas que hace Sergio tiene una trascendencia gigante. Y nos servirá como pasatiempo, porque la lectura es amena, pero también como reflexión, reflexión como punto de partida para el cambio como educadores, pues además de esas repercusiones

que la escuela tiene para la infancia, también debemos ser conscientes de que tenemos una historia escolar como niños que fuimos y que esa historia personal también ha definido quiénes somos como maestros.

Encendamos el fuego y dejemos que la ebullición del agua haga su magia en la cafetera de las pedagogías. Degustemos la lectura sabedores de que nos dejará un poso para siempre, como mejores educadores y como mejores personas. Es un libro amable, porque no nos cuestiona ni nos debemos sentir acusados por nuestras miserias, pero sí nos permite «una revisión crítica del otro en el que nos reflejamos», pues muchas veces gracias a la generosidad de Sergio que se desnuda para mostrarnos sus propias inseguridades, «pinchazos emocionales» de alguien que está ahí cada día, sus «agitaciones internas» y torpezas o errores en la relación vivida entre adultos e infancia, nos permite realizar una reflexión profunda de la práctica educativa «sin asumir los riesgos de vivirlo en primera persona».

De la misma manera que «el valor de una propuesta está en su capacidad para despertar el apetito que desencadenará la acción autónoma», podemos decir que el valor del libro está en su capacidad para despertar el apetito por lograr mejorar nuestra acción educativa.

La meta ha de ser utópica, pues si fuera realizable, al llegar a ella, ahí mismo acabaría la aventura del deseo. Tiene que haber una meta siempre más allá, una meta que se mueve hacia el horizonte a medida que nos acercamos a ella. Y celebrar esta imperfección como una oportunidad permanente de evolucionar constantemente, no verlo como un fracaso.

Espero que ahora, que yo me despido y me retiro sin hacer ruido, te quedes leyendo y te comprometas a «preposicionarte». Y que con ese compromiso y ese preposicionamiento puedas mañana salir al reencuentro diario con la infancia en la clase, en la casa, en la calle... y veas entre todas las miradas centelleantes de los niños y las niñas y entre todas sus dulces sonrisas encendidas o entre cada lágrima brillante –porque no todo va a ser felicidad bobalicona o negacionista del resto de



emociones- también la del niño que tu fuiste, cuando ignorabas volar, pero volabas como nadie, a ras de suelo. Hazlo con serenidad, no con nostalgia traicionera. Hazlo con rigor y con profesionalidad. Para eso somos adultos. Y educadores. Seguro que será suficiente. Y muy satisfactorio.

PABLO RODRÍGUEZ AGUIRRESAROBÉ

Prólogo de las ilustraciones

Siempre digo que es complicado hablar sobre imágenes. Pasar de un lenguaje a otro implica necesariamente una pérdida. A veces, como observadora, tiendo a realizar lecturas superficiales o, peor aún, caigo en la vaguedad de traducir lo que veo en lugar de sentirlo.

Cuando Claudia me pidió la redacción de este prólogo pensé que, quizás, la mejor forma de apoyar su trabajo es invitar al espectador a observar con detenimiento cada una de sus ilustraciones. Que se permita recorrerlas despacio, varias veces, en diferentes ocasiones y días e incluso en distintos momentos de la vida.

No recuerdo qué sentí la primera vez que vi uno de los retratos de un joven de El Fayum. Sin embargo, ahora, cada vez que observo esta misma pintura, no puedo evitar cruzar mi mirada con la mirada frágil de ese joven sin quedarme completamente hipnotizada. Hacer de la forma ajena algo propio es todo un proceso, y lo que en primera instancia puede pasar desapercibido, termina adquiriendo un significado profundo. Con el tiempo las imágenes pueden incluso mutar, nos muestran nuevos detalles y relaciones, cobran otro valor.

Claudia ha trazado un recorrido estético sobrio, poético y confortable. Nos habla del cuerpo, de expandirnos, de habitar, de recorrer. Nos muestra espacios llenos de amplitud y de aire. Despierta nuestro tacto a través de la delicadeza de los materiales. Reivindica nuestro deseo y nuestra voluntad mediante los gestos. Sus líneas orgánicas, suaves, curvadas y sinuosas ofrecen la posibilidad de experimentar cada una

•
•
•
•
•
•
•
•

de las escenas. ¿Y si fuese nuestra mano la mano que cuida?
¿Y si fuesen nuestros pies los que pisan por primera vez un
campo mullido? Cada ilustración es un universo particular.

ALBA VELÁZQUEZ ÁLVAREZ

Introducción

La educación infantil hoy

Quien educa escribe una intensa autobiografía profesional en un aula de infantil, donde permanece sumergido buscando tenazmente respuestas al por qué y para qué vamos a un lugar como este. Sin embargo, la profundidad y el sosiego necesario para abordar esta tarea puede verse entorpecida por la proliferación de prácticas consumibles y exhibicionistas capaces de engullir valiosas diversidades, formas y fondos si no se establece una férrea resistencia crítica y argumentada. Aunque, con el criterio que nuestra profesión requiere, siempre habrá luces de referencia.

Ser educador es un camino que no se recorre a merced de los acontecimientos. Se trazan sendas que parten de la agitación interior sobre serenas referencias rigurosas con una mirada educativa exhaustiva y amable.

Desde nuestro lugar, es necesaria una firme ubicación en el lado opuesto a la desidia y, a pesar de las dificultades y otras tantas interferencias que nos sobrevuelan, pensemos en dar nuestra mejor versión para ser profesionales atentos; que comprendan y sepan escuchar a las familias en relación estrecha y complementaria; que acojan y valoren la incertidumbre y los sucesos inesperados; que compartan su conocimiento y se nutran del beneficio de dudar de lo que sabe, sin verdades absolutas e imperecederas; que se muestren flexibles a cambiar y a cuestionarse todo; que ofrezcan una educación de cuidados² garante del bienestar; que conciban

2. CUIDAR, del latín *cogitare* («pensar»), de donde se pasó a «prestar atención» y de ahí a «asistir a alguno», «poner solicitud (en algo)». Deriva cuidado «solicitud», *cogitatum* «pensamiento, reflexión». Esto es, «prestar una atención

La posibilidad de escuchar particulares silencios

El silencio. La pausa. Respiración profunda. Cerrar los ojos.

El silencio para escuchar. La pausa para decidir. La respiración profunda para inspirarse con la serenidad que nos da a su vez el cerrar los ojos.

Qué tarea. Puede que de las más arduas a las que se pueda enfrentar un educador. Educar calmado. Intervenir sin interferir en su debido momento y forma. Pensar con pausa y humildad. Con apertura y debate. Con silencios plenos de *escucha* y respeto que ayudan a macerar las ideas que erigirán un andamio pedagógico cada vez más sólido, gracias a la danza colectiva entre la comedida voz y la fertilidad de los sigilos.

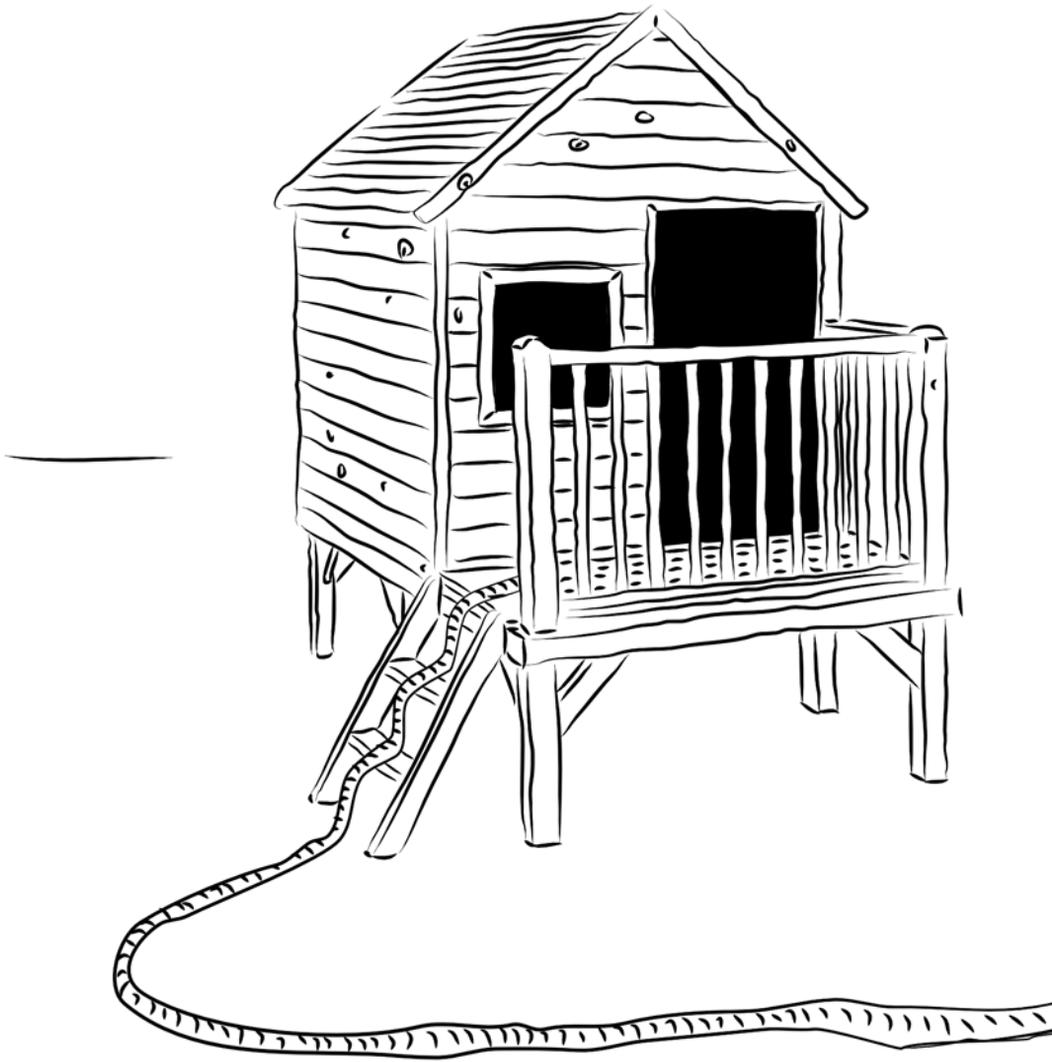
Nuestro particular escuchar³ se dispone a un educar para todas las voces con un oído bien atento que, sin exigir señales, implícitamente expresa la mayor parte de sus intenciones. Comprometido, como también lo es el otro silencio, el de cada uno, el que permite al mismo tiempo escucharnos y hablarnos hacia dentro y sin cesar en nuestra autocrítica. Un silencio que posibilita resignificar nuestros axiomas y conformar un pensar y un hacer cada vez más coherente.

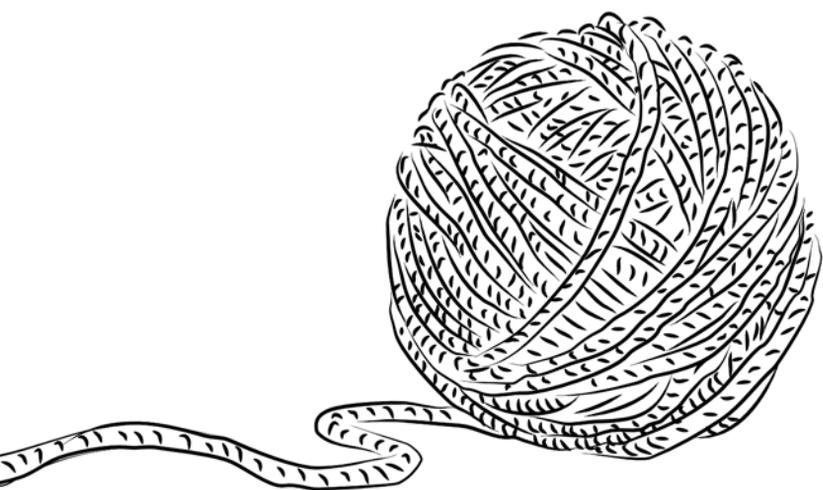
Algunas escuelas exhalan un ruido aplastante, salpicando con alguna que otra calma precaria el impetuoso bullido. Quizás, porque en ciertas ocasiones se necesite llenar algún que otro vacío educativo hasta saturar la vida de cuestionables ocupaciones. La contemplación y el silencio en esta época de obsesivo rendimiento y fines resultadistas puede que guarden cierta tétrica semejanza con la pérdida, la carencia, la esterilidad, la improductividad, con el vértigo de la oquedad. Sin embargo, los silencios⁴ y las escuchas

3. Véase Rinaldi, C. (2001). «Una pedagogía de la escucha. Perspectiva desde Reggio Emilia». *Infancia en Europa: revista de una red de revistas europeas* (1), 3-6.

4. Silencio como cautela ante la atrevida palabra inoportuna, como una práctica requerida para el discernir y el sentir sereno.

A ras de suelo





•
•
•
•
•
•
•

«Buenos días»

La cotidianidad de cada escuela posee en su definición y ejercicio un fundamento complejo y frágil, distinguido por la sensibilidad de la educadora que aporta el pulso preciso a la cadencia temporal de los diversos acontecimientos que definen el transcurrir de cada jornada. Educar carece de jerarquía de importancias y, lo que comúnmente se denomina como cotidiano, no son solo aquellos hechos inevitablemente presentes y generalmente tratados como sucesos de menor consideración. Lo que define la trascendencia del gesto educativo no está en la grandilocuencia de su escaparate. Reside en la sutileza de una disposición educativa que ensancha la amplitud de cada uno de los detalles que enarbolan nuestra profesión.

Y aquí, por la mañana, cada persona que *entra* también inicia el *salir* de su referencia previa, cerrando gradualmente la simbólica puerta que a su vez le dispone a transitar en este otro lugar. Un fluir del hogar a la escuela que carece de la línea que abruptamente pudiera marcar la separación entre ambas. Con cada *buenos días* se disuelve el abrupto y fronterizo significado que cargan. La bienvenida mira a la despedida con la complicidad de quien acoge sabiendo lo que tiene ante sí. La despedida contempla con sosiego a la bienvenida al tiempo que alarga su distancia para, llegado el momento oportuno, intercambiarse los papeles. Ir y venir. Dar y recibir. Un incesante pulso que, cuando toma el compás, irradia bellas armonías a merced de quien sabe bailarlas.

Cada buenos días.

«Escúchame alto»

Nerea, de dos años, tiraba del pantalón de la educadora mientras decía con voz suave «Escúchame alto». Seguramente, consecuencia de su sentida inatención, de la involuntaria ignorancia a sus lenguajes. O de escuchas sin estar a la altura de las circunstancias. Causas entrelazadas que añaden argumentos al compromiso de afinar esta particular forma de *escuchar* la compleja concordia de voces y silencios.

Un saludable y brusco calambre que excede a la audición. La subjetiva brusquedad vivida por un mensaje que conlleva reconsiderar a qué nos referimos cuando se habla de *escuchar*. Radica en ir más allá de los oídos, y comprender el constructo de la *escucha como* condición transformadora de los códigos pedagógicos y sociales en la elaboración de respuestas coherentes. El esfuerzo de *escuchar alto* reclama el compromiso de atender, comprender y actuar con esa altura que la niña nos pide. Significa comprometernos a mantener una actitud que dé repercusión a *la voz que* está detrás de los fonemas. Siempre ahí. Voces en numerosas ocasiones reprimidas. Infinitamente valiosas.

La escuela se encuentra en la posición estratégica que permite ejercer esa *escucha de altura*; aquella que, desde la misma base, entrelazará sin enredar miradas y acciones reconstituyentes de la acción educativa. Continuamente recibimos mensajes nada baladís, por lo que nuestra escucha solo puede ser *en alto*. Ahora, nos corresponde a los adultos estar a la *altura* de voces que no pararán de reivindicar una escuela infantil con unos *oídos* bien *limpios* y atentos.

•
•
•
•
•
•
•

«Sin gafas de sol»

Un jardín. Un lugar humilde. A la vez sabio, acogedor, variable, imprevisible, dinámico, sin tiempos, con ciclos.

La Infancia, sabia. Acogida con el sigilo de las caricias de la hierba. Cambiante, sorprendente. Recorridos del vivir en compañía. Simbiosis entre ambas.

Primeros días de septiembre y nos reencontramos tomando el aire con nuevas compañías bajo un sol que se despide del verano con la nostalgia impregnada en sus últimos brillos estivales. Criaturas que definen con su cuerpo el lugar. Con las miradas sostienen su aventura y con los pies aventuran sus pasos para la conquista. Las miradas recíprocas para saber del otro, de su poder, y nuestro sostén en la distancia para forjar férreamente los puntales de la confianza.

Y la imagen se vuelve oscura. Se distorsiona cuando se mira a través de las gafas de sol. Los ojos vinculan, reciben y abrazan sin las barreras infranqueables de los cristales oscuros. Porque, al mantenerse la mirada secuestrada tras los vidrios, la afectuosa relación desnuda es inconcebible. Lentes que despersonifican, cómplices de las inseguridades que la oscuridad aporta a cualquier lugar. La conexión sepultada por aquellas gafas, las que todo lo bloquean, las que sentencian el sentir sincero, y derivan a una búsqueda incómoda y estéril de lo que se espera que habrá tras ellas. Un ver a través del cristal desprovisto de la mirada en los ojos, con niños que escurren sus miradas incapaces de alcanzar aquellos ojos cautivos entre los resquicios de la montura.

.....

Ocultar los ojos, como quien bloquea sus oídos. El *mirar* y el *escuchar* son propios de una compleja actitud minuciosamente confeccionada de conocimientos, expectativas y sentimientos que lo remueven todo continuamente.

Pensándolo con calma, nos quedan pocas opciones. Despejar los ojos del mirar o invisible, liberar los brazos para abrazar el afecto y limpiar los oídos que perciben el mensaje silencioso. Lograrlo no es tan fácil como aplicar unas consignas. No hay recetas; es una actitud que implica ser y estar como si resultara un encargo. Subirse a este barco es un navegar permanente y complejo sobre aguas nunca en calma.

Seguramente y a pesar de la constante marejada, sea muy gratificante ver el horizonte desde la borda y *sin gafas de sol*.



Si desea más información
o adquirir el libro
diríjase a:

www.octaedro.com

A ras de suelo es una ventana abierta a la compleja vitalidad que irradia un aula de infantil, mostrada en este libro a través de una mirada sensible y delicada. Los relatos breves que aquí se presentan parten de destellos espontáneos cargados de sinceridad y que, como si de semillas expectantes se trataran, germinaron en las páginas de este libro. El pasaje literario aquí presente transcurre sobre un lenguaje hilvanado con delicada ternura, abrigado por ilustraciones discretas y armónicas, que afinan y potencian el significado de las palabras, que intentan trasladarnos la emotiva experiencia vivida en su momento oportuno.

Esta obra no pretende ser una mera colección de breves relatos. Es, más bien, un recorrido íntimo surgido de la vivencia de un educador dispuesto a estremecerse. Un libro que invita a saborear una lectura pausada para digerir cada texto en un estado de placentera conmoción. En definitiva, no deja de ser una gustosa oportunidad más para cuestionar y construir una realidad cargada de esperanza y rigurosidad sobre las conmovedoras encrucijadas que las aulas de infantil nos brindan cada día.

in-fan-cia

Sergio Diez Pérez es maestro de Educación Infantil desde 2007 y profesor asociado en la Universidad de Cantabria en el Grado de Educación Infantil y Primaria desde 2021. Ha codirigido la *Revista Infancia* desde 2015 hasta 2021, y anteriormente formó parte del Consejo de Redacción autonómico de dicha publicación entre 2008 y 2015. Actualmente desarrolla su trabajo en el Aula Educativo Terapéutica de la Consejería de Educación de Cantabria atendiendo a niños y niñas con necesidades específicas de apoyo educativo asociadas a la salud mental.

Claudia Ruiz Echevarría es licenciada en Bellas Artes y doctoranda en la Universidad del País Vasco, donde investiga en el ámbito del arte contemporáneo. Desde 2019 desarrolla su labor como docente y mediadora artística en el «Taller de Arte» de la Asociación Cultural Desarrollo Próximo, un espacio dedicado a la creación colectiva y la inclusión a través del arte. En 2025 funda Reclau Studio, un proyecto con el que busca articular una identidad coherente y personal en torno a su práctica artística.